

NECROLOGIA

EL DR. ENRIQUE CABRERA

"IN MEMORIAM"*

DR. FELIPE MENDOZA

SUS CENIZAS reposan en La Habana, capital de la isla fascinante. Falleció en Moscú la tarde del jueves 9 de enero de 1964 a consecuencia de una invasión neoplásica del cerebro, pero él está aquí entre nosotros y su presencia seguirá, por generaciones, desbordando el ámbito de esta honorable Academia. A ella llegó hace 11 años (el 8 de abril de 1953) a ocupar un sillón de Medicina Interna con aclamación unánime, porque ya para entonces tenía sitio destacado entre el grupo más selecto de los médicos mexicanos.

Sin discusión alguna fue el miembro sobresaliente de la generación que inició sus estudios profesionales en 1936. La Escuela Nacional de Medicina le otorgó en los seis años de la carrera calificaciones más altas que a todos los que tuvimos el don de ser sus compañeros, y al darle el título de médico cirujano, el 15 de junio de 1952, selló el reconocimiento de los méritos extraordinarios de Enrique Cabrera Cosío con mención honorífica.

Tras de un año de preparación de medicina interna en el "Presbyterian Hospital", de Nueva York y luego de trabajar briosamente en el Hospital General de la ciudad de México y como Jefe del Servicio de Enfermedades Parasitarias del Hospital para ferrocarrileros, se incorpora de lleno, al lado del Dr. Demetrio Sodi Pallares, al pelotón de avanzada que iniciaba la marcha por los campos de la cardiología moderna desde la base de operaciones que había sentado el maestro Ignacio Chávez en el Instituto Nacional de Cardiología.

* Nota leída por su autor en la sesión ordinaria del 17 de junio de 1964.

La recia preparación en disciplinas fundamentales, la permanente y asombrosa laboriosidad y, sobre todo, el diamantino talento que poseía Enrique Cabrera lo llevaron en breve lapso a las entrañas mismas de la electrocardiografía que disecó con esa finura de análisis casi cruel que poseía y las exhibió elegantemente en una serie de publicaciones que empezaron a circular más allá de las fronteras cardiológicas del país.

Apenas transcurridos cuatro años de su dedicación a las disciplinas electrocardiográficas, en el invierno de 1948, invitado por el profesor Pierre Soulié, dictó en París una serie de conferencias sobre las bases electrofisiológicas de la electrocardiografía cuya alta calidad académica y científica la hizo constituir un libro que, en francés, editó la casa Masson, con éxito tan sorprendente que, para marzo de 1950, se había agotado totalmente la edición.

Las dimensiones internacionales que, ya cuando apareció esa obra, había alcanzado Cabrera, quedaron delineadas por el profesor Daniel Routier en el prefacio de la misma, en que escribía: "El doctor Enrique Cabrera me pide presentarlo al lector. Esta petición me parece injustificada puesto que ningún lector cardiólogo ignora el nombre de Cabrera. A pesar de su juventud, él está ya firmemente cimentado y la cardiología le debe toda una serie de trabajos que ponen su nombre en el primer plano de la vanguardia científica".

Esos trabajos a los que aludía el profesor Routier en 1949 no fueron sino las primicias de la caudalosa contribución científica que en 70 artículos originales hizo a la medicina el ilustre académico. Los publicó, con pocas excepciones, en revistas nacionales, muy preferentemente en los archivos del Instituto de Cardiología de México, desdénando innúmeros ofrecimientos que le hicieran revistas médicas extranjeras de más amplia difusión y de nombradía más aparente. Con ello dio una prueba más de acendrado amor a la institución que abrigó sus años de investigador y lo tuvo como digno subdirector, de 1951 a 1954, y a la patria que lo cuenta entre sus hijos preclaros.

La maduración y el enriquecimiento constante en el saber del que siempre laboraba en la vanguardia científica, lo llevan a compendiar la "Teoría y Práctica de la Electrocardiografía", con incorporación magistral de la vectocardiografía (que le es inseparable técnica y científicamente) en el hermoso documento bibliográfico que editó la Prensa Médica Mexicana, en 1959. La importancia de esta otra obra de Cabrera para todos los cardiólogos hizo que el mismo año fuera editada en italiano y en francés.

El investigador profundo, de amplia y renovada información, de inagotables recursos analíticos, traía consigo un limpio venero de inextinguible amor al hombre y un terso don de saber comunicarse con él. ¿Qué de sorprendente tiene, pues, que este hombre singular haya consagrado gran parte de su vida a la enseñanza? El maestro Cabrera contribuyó substancialmente a la formación de 15 generaciones de estudiantes de medicina en nuestra Facultad; a un número mayor de pro-

mociones de médicos internos, residentes y becarios del Instituto Nacional de Cardiología y, con suave voz, dicción precisa, método férreo y fácil y sencilla manera, sembró cursos y conferencias de electro y vectocardiografía en todo el continente, desde Detroit, Kansas, Omaha, Burlington y Nueva York, en los Estados Unidos, hasta Buenos Aires y Santiago de Chile, pasando por la mayoría de las capitales de Centro y Sudamérica, a muchas de cuyas sociedades médicas perteneció como miembro honorario o correspondiente.

Pero no sólo América oyó el mensaje de Cabrera. Además de París y Lyon, Praga y Estocolmo, Wrocław en Polonia, Leningrado, Shangai, Pekin, lo tuvieron como conferencista invitado. ¡Cuán pocos en tan corto tiempo han prestigiado tanto y tan calladamente el nombre científico de México!

Y este hombre era un médico en el pleno sentido del concepto. Conocedor de la doctrina, dominaba los métodos de exploración con sutileza, tamizaba sabiamente la información recogida, medía su densidad semiológica y la articulaba con primor en el diagnóstico. Aprovechaba ventajosamente los recursos curativos y, sobre todo, tenía un amor consustancial al semejante, que tanto más operaba cuanto más desvalido se encontraba el enfermo. Sin riesgo alguno de caer en el "cinismo tecnológico" siempre supo ver en el enfermo a la criatura dolorida de Maimónides. Tal parece que a Cabrera le fue concedido lo que imploraba ese médico filósofo de la corte de Saladino: "Concédeme la fortaleza, la oportunidad y el tiempo, para corregir siempre los conocimientos que he adquirido y extender siempre su alcance, pues el caudal de la sabiduría humana es inmenso y el espíritu del hombre puede extenderse infinitamente, enriqueciéndose cada día con nuevas necesidades. Hoy descubre sus errores de ayer y mañana puede ver con nuevas luces aquello de que tan seguro está el día de hoy".

Otros elementos extraordinarios se tejían en la urdimbre interior de aquel hombre. Tenía fina sensibilidad estética que cultivó amorosamente desde su infancia. Fue admirable pianista de refinada técnica, matizada elocuencia, rico y variado repertorio que pudimos gozar en veladas memorables sus amigos y sus discípulos. Tan exquisita era su dotación a este respecto que, de no haberse decidido como lo hizo por el arduo camino de la medicina, su nombre estaría inscrito ahora entre los grandes concertistas profesionales si hemos de atender al juicio de varios de los pianistas de prestigio internacional que con él trabaron amistad en sus mocedades.

El virtuoso ejecutante era también musicólogo profundo y erudito como lo prueban con creces los ensayos magistrales que publicó en la revista *Humanismo*: "Mozart, un símbolo de vida" y "El genio dialéctico de Juan Sebastián Bach", que los críticos conocedores elogiaron grandemente.

La bondadosa disposición de Cabrera para el desvalido disparó la pluralidad de sus mejores impulsos hacia la esfera social y política y en ella hurgó y hurgó con ahínco hasta vivir realidades hirientes que antes desconocía; se adentró más

y más en las complejidades y en las injusticias de la estructura económico-social contemporánea y una vez convencido, limpia y plenamente se echó a andar por los caminos que a él le parecían los mejores para llegar a la solución de tales problemas.

Lúcido talento científico, magistral capacidad docente, rica y generosa personalidad médica, exquisita y cultivada sensibilidad estética, naturaleza indómita que se rebeló contra la injusticia y la mentira, todo era matizado con sana alegría y fino sentido del humor que nunca lo abandonaron. Pese a la vehemencia de sus convicciones, la inflexibilidad de su lógica contundente y el vértigo de su dialéctica zigzagueante, todas sus múltiples facetas se mostraban con desnuda y sencilla sinceridad, con suave fluir, sin estrépito, de manera armoniosa y reposada que no dejaba traslucir las violentas borrascas interiores que agitaron su espíritu.

Parafraseando lo que él dijo de Mozart, "supo volcar su espíritu sin reticencias ni rencores, en una dicha quieta que respiraba conciliación y comprensión, logrando que la alegría y la transparencia no fuesen meras peculiaridades de su carácter sino resultado armonioso y equilibrado de la emoción y la razón en impulso permanente de superación".

Personalidad tan polivalente se asentó con firmeza en una diáfana bondad, hermanada con viril decisión y noble dignidad que lo llevaron a construir monolíticamente, con su ejemplo, la demostración viva y perenne de que no es una utopía la congruencia cabal entre vida y pensamiento.

Las cenizas del cuerpo de este hombre, tronchado en plenitud, volverán algún día a esta tierra que amó tanto; mientras tanto, él estará aquí entre nosotros y sobrevivirá por generaciones desbordando el ámbito de esta honorable Academia.